

DISCURSO

pronunciado por el obrero Guillermo Casasola A., en el Circo Teatro, en la reunión Republicana, la noche del viernes 20 del corriente

COMPAÑEROS:

Lleno de fe y entusiasmo, me siento honrado al ocupar esta tribuna donde se rinde justísimo homenaje a las nobles ideas republicanas, que encierran un ideal regenerador y benéfico para todas las clases sociales, y en especial para la nuestra, la clase trabajadora, que es en todas partes el brazo poderoso que sostiene las instituciones republicanas.

El que os dirige la palabra es un obrero; no esperéis de él la facilidad de oratoria que otros tengan, ni que sus frases lleven un florido propio de otros oradores; esperad sí la frase sincera envuelta en el sentimiento obrero, que desea el bienestar de nuestra clase para dicha y prosperidad de Costa Rica.

Rompe la monotonía de la indiferencia el principio republicano, en favor de la clase obrera, y ya se concluirán todas las complicidades de tinieblas que se han conspirado siempre contra nuestro elemento por los cerebros atrofiados, por la rutina y corazones exprimidos, por el egoísmo que ponen la piedra de su obstáculo en el riel del progreso, intentando torcer el rumbo de las ideas en marcha, asechando con sus flechas de mala fe, y pretendiendo, en fin, derribar la torre Republicana con el aletazo de un gorrión.

¿En donde están los enemigos de la luz, que no se agrupan?

¿En dónde los conjurados contra el principio republicano, que no se unen?

¿En dónde los hombres de la práctica y los sabios de la rutina que no se asocian?

¿En dónde los enemigos empecinados del ciudadano don Máximo Fernández, hombre de valor intrínseco, que los rasgos salientes de su figura moral no se empañan ni se desvanecen. Digno sucesor del repúblico don Ricardo Jiménez.

¿Esos timadores de las voluntades del pueblo dónde están?

Ya no se ven, porque saben que la clase trabajadora no se duerme en las sombras, ni en el silencio de la vida privada; porque saben que ya no se eclipsa por las seducciones de los que siempre se han creído directores de la Patria; porque saben que hoy los obreros se organizan en busca del bienestar de Costa Rica y de su clase, teniendo conciencia de lo que son y de lo que valen.

Hoy en la clase obrera hay un entendimiento cultivado, un espíritu lleno de elevación, un carácter que se acentúa por su nobleza y dignidad y contra el cual no podrán hacer nada ni las emboscadas de políticos sagaces ni el poder corruptor del dólar.

Sin aparecer antes de su hora para tomar su puesto en la escena política, pero tampoco sin permanecer tan lejos de ella, que su reserva rayase en indiferencia, hoy pone su contingente al servicio de los grandes ideales de la causa republicana e intereses nacionales.

No se le ve esperar impaciente a que llamen a su puerta los empleos oficiales, ni mueve jamás los resortes de la intriga, que tocan, para elevarse y sostenerse, aquellos políticos poco escrupulosos y de tendencias invasoras.

Nunca pone en juego las artimañas de los tímidos ambiciosos, ni tiene los ímpetus bravíos de los audaces.

Con espíritu de reflexión y calma, ha venido haciendo reposadamente la jornada de la vida, sin precipitaciones locas, ni censurables lentitudes, pero sí con paso prudente y acertado.

La clase obrera viene caminando á buen paso hasta llegar á la altura de sus sanas aspiraciones, sin que las escabrosidades de la lucha hayan sido bastantes a interrumpir su marcha o desviar su dirección. Y si ahora felizmente ve aproximarse el triunfo, es una recompensa muy merecida de su labor levantada y fecunda tanto contra los tiranuelos de ayer, como contra los mercaderes políticos de hoy.

Nosotros agrupados al pie de la bandera azul, que nuestras manos callosas sostienen altiva, elevamos nuestro entusiasmo purificado en el crisol del más puro patriotismo para entonar en conjunto ese grito redentor que lleva á donde quiere la salvación efectiva de la Patria.

¡Viva el gran Partido Republicano!

¡Viva don Máximo Fernández!

¡Viva la clase Obrera de Costa Rica!

Progreso obrero

Hemos sabido con júbilo sincero, que los sastres de esta capital han organizado una Sociedad de Socorros Mutuos, con el fin de ayudarse en las vicisitudes de la vida que tantas amarguras arroja a voces sobre el espíritu desamparado del obrero.

Viva y honda complacencia

sentimos dando la noticia anterior; y al cumplir con este deber para los compañeros de trabajo, les enviamos nuestras sinceras congratulaciones por el gigantesco paso que acaban de dar en la ruta del progreso, y les deseamos al mismo tiempo completo éxito y fecundos resultados en sus labores de fraternal solidaridad.

San José, 19 de junio de 1913.

Señor Lic. don Máximo Fernández.

P.

Muy señor mío:

Me refiero a su apreciable del 17 de los corrientes.

Hace algunos meses, un amigo suyo le aseguró que don Alberto González Soto había tratado de inducir a don Leonardo Zavaleta para que votara por una lista de candidatos municipales, haciéndole ver que esa lista era oficial, y que, por lo tanto, debía ser la suya, dada su condición de empleado público. Hablé con el señor Zavaleta y me afirmó que hacía mucho tiempo no conversaba con el señor González y que menos por consiguiente, habían hablado sobre elecciones municipales. El informe, pues, que recibió Ud. resultaba enteramente fabricado por quien se lo dió.

Le recuerdo ese incidente porque justifica la desconfianza con que se deben recibir las noticias políticas que le llegan a uno, sobre todo en épocas de luchas electorales, en las que los Partidos exaltados pierden, muchas veces sin advertirlo, todo respeto a la verdad.

En esta ocasión, aunque estaba plenamente convencido de que mi amigo el señor González Soto no había dicho que "aún cuando la mayoría de los costarricenses dispusieran que fuera Ud. mi sucesor, en el próximo período presidencial, yo no le entregaría el Gobierno de la nación", pues conozco muy íntimamente al señor González, y sé, por lo mismo, que sus proceder es estar siempre limpios de toda patraña, lo llamé, sin embargo, para mostrarle su carta e informarme bien con él antes de contestarla. El señor González Soto me aseguró que las palabras que se le atribuyen eran del todo inexactas, y que ni siquiera había dado el menor pretexto para la imputación que se le hacía.

Son tan netas las declaraciones que por varias veces he hecho sobre mi absoluta neutralidad en la presente contienda electoral, que me parece inútil toda reiteración de ellas. Si todavía hay personas que duden acerca de mi actitud, no será porque mis palabras no hayan sido suficientemente explícitas sino por cuanto me tengan por un hombre falaz; y para quienes me crean así, mis palabras serán perdidas, y no cabe otra respuesta que la de esperar la confirmación de los hechos.

Al mismo tiempo de que su carta dibuja el recelo de que el Gobierno apadrina la candidatura duranista, otra

del Licenciado don Albino Villalobos y don Juan María Solera, recibida el mismo día transparenta el temor de que las autoridades amparen la candidatura fernandista. Me cuentan en su carta que en la noche del domingo último iban del brazo, formando parte de la manifestación pública del partido fernandista, el señor Gobernador de la provincia, Dr. Marcos M. Rodríguez, y el Alcalde de San Isidro, don Julio Bolaños; y me hacen ver que siendo notoria en toda Heredia la filiación política de señor Gobernador, el hecho relacionado es una manifiesta ostentación de partidismo, que ejercerá sin duda alguna las consecuencias de la parcialidad de los funcionarios públicos. Y el mismo día que llegaban a mis manos la carta de Ud. y la de los señores Villalobos y Solera, se quejaban, ante el Ministerio de la Guerra, miembros importantes del partido duranista de Alajuela, porque un policía había obligado a partidarios del doctor Durán, a retirarse del lugar que ocupaban en una calle pública por cuanto estaban conversando de política; y otros caballeros duranistas se quejaban también, ante el mismo funcionario, de que el Comandante de Alajuela y su Segundo, asistían siempre a las reuniones del Partido Republicano, mientras que se contentaban con enviar simples policiales a las reuniones del partido de la unión nacional, como para hacer palpable, que era el partido fernandista, el que gozaba del favor oficial. Le refiero todo esto porque quejas contradictorias, presentadas el mismo día, prueban mejor que nada la suspicacia de los políticos y la conducta desinteresada e imparcial que observa el Ejecutivo en las actuales circunstancias. Si yo me pusiera a testar la presidencia, sacrificaría las convicciones de toda mi vida y cometería, desde el punto de vista de mis conveniencias personales, el mayor de los desaciertos, como lo acredita la experiencia. Los impulsos nobles de mi ser y los vulgares del egoísmo una, me impulsan a no desviar voto alguno de costarricense y a esperar impasible que el pueblo me diga, quien ha de volver el poder que puso en mis manos. Esa será la única voz que yo obedezca. Para llegar a esa decisión, no he tenido necesidad de presenciar dentro de mi alma ningún conflicto. Don Quijote y Sancho Panza me dan el mismo consejo.

Con toda consideración soy de Ud. muy atento y seguro servidor,

Ricardo Jiménez

Las Exequias del Sietemesino

(Al trasnochado Bachiller Vulcano)

(Conclusión)

Hecha la génesis del partido que proclama la candidatura del Dr. Durán, señalado el origen de ese grupo y analizado su enfermo organismo, no es extraño hallar en cada uno de sus voceros un falsario y entre sus propagandistas y escritores, a los adulteradores de los hechos, en cuya gritería, como en sus diatribas volantes se calumnia.

Sin embargo, aunque es el diagnóstico general para todo el enfermo organismo, ocupémonos en particular de uno de sus miembros que adoleciendo de la falsía de todos, él presenta un síntoma particular: el de la calumnia literaria, el de la mentira poética. Me he referido á Vulcano el aureo escritor, de "Tocando a muerto", hoja volante que ha circulado últimamente. Inició su charla lírica, su palabrería sonora y hueca, este provable bachiller, trasnochado lector de Vargas Vila con estas flamantes frases: — "Un atardecer helado y triste. Un cie-

lo muy gris. Una noche oscura y lluvia que cae incesante.

Un grupo de hombres en el centro de la plaza de la Fábrica, desahogados, sin entusiasmo, sin aliento, eso fué la manifestación fernandista del viernes pasado."

Falsario debiste haber escrito: El atardecer helado y triste de vuestra mísera existencia, el ocaso de la vida de vuestra facción ridícula y minúscula, las nubes grises de vuestras ambiciones enturbiando el cielo patrio; la oscura noche de vuestras conciencias y la lluvia de cuervos ansiosos de holgura y de dinero que ería vuestro triunfo ilusorio. Todos vuestros alardes vanos, todas vuestras hambres insaciables perecieron, se disiparon ante la presencia de aquella multitud de hombres, de aquella avalancha republicana que sus clamorosos vítores llenó la plaza el viernes último. Eso debió escribir vuestra pluma, vuestra vieja pluma de asalarado ante la que